

» de ver la luz del dia, si no lleva el permiso de los
 » eclesiásticos ó de sus partidarios; pues la vileza y la
 » hambre se los hace hallar entre los literatos. Esta in-
 » quisicion encadena y abate todos los espíritus ¹. Las
 » injurias que desde el púlpito se vomitan contra la
 » razon y sus defensores, injurias apoyadas por magis-
 » trados débiles ó fanáticos, acaban de abatir y de desa-
 » nimar lo mas ilustrado y estimable que hay en la na-
 » cion. » ¡Urbanidades por cierto filosóficas! Siempre
 fueron los dicterios las razones de los que no la tienen.

ligion : la pequeña dosis de juicio que la naturaleza ha esparcido sobre la superficie de la tierra, está concentrada en solos los filósofos : ellos únicamente son los *profesores ilustrados, los sabios académicos, los espíritus fuertes y divinos* : nosotros *hombres desacreditados, almas débiles, miopes, preocupados, abusos, bestias que no piensan, animales de dos pies, fanáticos*, etc., etc. ¿Es este el idioma de la verdad? No : y es el de la soberbia, del error y de la pasion : el lenguaje característico de la secta dominante en el siglo XVIII.

1 ¡Ojalá, y hubiese así sido cierto! No nos veríamos inundados de tantos libros que minan á la par los cimientos del altar y del trono, fomentan á un tiempo la irreligion y el libertinaje, y para hacer al pueblo filósofo, lo vuelven irracional. ¡Filósofos! dad una ojeada á las revoluciones, á los desórdenes, á los vicios que cubren hoy dia la faz de todas las naciones. Destrozados miserablemente por guerras intestinas, por rebeliones fatales, ó por una calamitosa anarquía, no presentan mas que objetos de horror y de llanto, y presagios funestos de nuevas desventuras aun mas desastrosas. ¡Falsos iluminados del siglo de la luz! ¡hé aqui los tristes frutos de vuestras producciones incendiarias! ¡Príncipes! grita oportunamente el celoso é ilustrado autor del *Espíritu del siglo XVIII*, « ¡príncipes! si es que acaso teneis aun tiempo, abrid los ojos sobre » los peligros que os rodean. No creais que las revoluciones que » véis en tantos países de la Europa son efectos de la política pri- » vada, de las cabalas parciales, ó de la debilidad de los que man- » dan : no; lo son de una conspiracion general que arruina vues- » tros tronos, y nace de la triple alianza de esas perversas sectas : » procurad confundirlas y arrancarlas. Restableced el orden en la » Iglesia, y repuesta esta en su antiguo lustre, conservará la Reli- » gion y vuestros tronos, enseñando al pueblo á obedecer, no por » temor, sino por conciencia. » Véase en su original este vigorosísimo apóstrofe á los príncipes, á los pastores de la Iglesia y á los pueblos, digno de la elocuencia de los Demóstenes y de los Cicerones.

Si no es necesario tener Religion para expresarse con decencia, es necesario al menos no estar obcecado por una violenta pasion.

En otra carta escrita el año siguiente al mismo rey de Prusia ¹, « Ved aquí, dice el mismo autor, al obispo de » Amiens, fanático sucesor del que pidió el castigo del » caballero de la Barre ² : hé aquí, digo, al obispo de

¹ *Ib.*, p. 175.

² El caballero de la Barre era hijo de un teniente de la marina de Francia (*Oeuvres posthum.*, t. IX, p. 212). Este, en union con un tal d'Etallonde (t. X, p. 5), jóven de unos quince años (t. XI, p. 206), hijo de un presidente de Abbeville (t. XIV, p. 5, 41 et seq.), llevaron su impiedad hasta el extremo de hacer pedazos un crucifijo, é insultar públicamente al santísimo sacramento (t. XV, p. 175 y sig.) en una procesion solemne, y ultrajar la Religion y la honestidad con canciones las mas escandalosas (*Oeuvres complètes de Voltaire*, edit. 1784, t. LXVI, p. 96 y sig.) estos y otros excesos, á que diariamente se abandonaban, obligaron á los magistrados á proceder contra ellos; y con arreglo á las leyes, despues de un maduro juicio fueron condenados á la amputacion de la mano derecha y de la lengua, y á ser arrastrados y quemados vivos. El caballero de la Barre sufrió parte de esta pena, mitigada no obstante en la ejecucion, y d'Etallonde huyó y se acogió á los estados del rey de Prusia. Voltaire no conocia á este jóven; pero él habia dado demasiadas pruebas de incredulidad, para que no le tomase bajo su proteccion. Seis años despues, esto es, en 1773, habiendo sabido que servia en Wessel con el grado de teniente en el regimiento de Eichmann, bajo el nombre fingido de Norival, se le puso en la cabeza hacer anular el edicto de los magistrados de Abbeville, confirmado por el parlamento de Paris, é imploró para esto el favor de Federico. D'Alembert vino á su socorro. Los delitos de aquel impio no eran en su dictámen sino *ligerezas y puerilidades*; y por el contrario, los magistrados que osaron vengar los graves insultos hechos al sumo Dios, fueron tratados de *asesinos jurídicos, de bárbaros feroces, monstruos necios, jueces infames, execrables, abominables, peores que los Iroqueses, fanáticos, que habian perseguido y oprimido á la inocencia y la razon*, cubierto á la Francia de una *mancha vergonzosa*, contradiciendo á las *leyes del sentido comun*, por no sufrir que se les *reconviniere de no tener religion, á fin de pasar por cristianos y vindicar la mas necia*.... Nuestros lectores nos agradecerán que omitamos los demás horrores de impiedad, los cuales fueron tales, que el mismo Federico, aunque incrédulo y protestante, llegó á empalagarse. El habia antes aplaudido muchas veces las indecentes declamaciones de d'Alembert y de Voltaire;

» Amiens, llamado *Machavet*, hijo del antiguo inspector
» general de aduanas, ha publicado un edicto atroz con-

pero creyó estar ahora obligado á hablar como hombre desapasionado y racional (según lo era en verdad, aunque la manía del moderno filosofismo le degradaba), y emprendió justificar á los magistrados de Amiens del modo mas fuerte y mas justo que podia esperarse de un escritor protestante, que por principio de su Religión ni crea la presencia real, ni el culto de las imágenes. Veamos cómo se explica con Voltaire en una carta que no tiene fecha (*Oeuvres posth.*, t. IX, p. 374): «Yo no encuentro la ejecución de Amiens tan
» horrible como el injusto suplicio de Calas. No me negareis que
» todo ciudadano debe conformarse á las leyes de su país. En todas
» partes hay penas establecidas por los legisladores contra los que
» perturban el culto adoptado por la nación: la discreción, la de-
» cencia, y mas que todo el respeto que todo ciudadano debe á las
» leyes, le obligan, á mas de no insultar el culto recibido, á evitar
» el escándalo y la insolencia. Son leyes sanguinarias que deberían
» reformarse, proporcionando el castigo á la culpa (la cual ya se ve
» que para un protestante no pudo ser en nuestro caso mas que
» económica, y por consiguiente inferior á las penas establecidas en
» los países católicos contra el delito de lesa majestad divina); pero
» mientras estas leyes estén en vigor, los magistrados no podrían
» dispensarse de conformar á ellas sus juicios.» Y despues en otra
carta (t. X, p. 5): «La escena representada en Amiens es trágica;
» pero ¿no tuvieron la culpa de ella aquellos mismos que fueron
» castigados? ¿Se atrevieron á chocar de frente las preocupaciones
» (acordémonos que el rey de Prusia era protestante é incrédulo)
» que el tiempo ha consagrado en el espíritu del pueblo? Y porque
» se quiera gozar de la libertad de pensar, ¿se ha de insultar tam-
» bien á la creencia establecida? Quien no excita rumores, rara vez
» es perseguido. Si vuestros parlamentos han usado de severidad
» contra ese desgraciado jóven que habia despedazado la señal que
» los cristianos honran como el símbolo de su salud, acusad á las
» leyes del reino. Todo magistrado jura juzgar según estas leyes: no
» puede pronunciar ninguna sentencia, sino según lo que ellas le
» prescriben, ni hay otro recurso en favor del acusado, que el de
» probar que no se halla en el caso de la ley. *El emperador Licinio*
» y *Constantino detestaban á los filósofos regeneradores y los*
» *condenaban á muerte, llamándolos el veneno y la peste de las*
» *repúblicas. La historia nos hace ver á Diágoras condenado á*
» *morir en Atenas por haber simplemente puesto en duda la exis-*
» *tencia de los dioses, y á un Anaxágoras por sospechoso de un*
» *escepticismo igual, perecer de un modo infeliz. El sensual Alci-*
» *biades expió en un destierro una irreverencia que, estando em-*

» tra la edicion que se preparaba de las obras de Vol-
» taire ¹. Si se supiese en Francia imponer silencio á
» estos machacas rutineros, no hubieran tenido tantos
» partidarios ni imitadores. Acaso se conocerá por fin la
» necesidad de reprimirlos por honor de la razón y de
» la pública tranquilidad ². » ¿No sería mejor, por ho-

» *briagado, hizo á la estatua de uno de los dioses subalternos. En*
» *Roma un senado consulto condenaba igualmente á muerte al que*
» *quisiese introducir nuevos dioses en la república, y á los que*
» *blásemasen de los ya recibidos, y cuyas liturgias estuviesen apro-*
» *badas por la pública sancion. Si en algún punto convinieron to-*
» *das las gentes para hacer una ley universal de policia, fué en el*
» *presente sin duda. No hay en el mundo ni podrá jamás encon-*
» *trarse una nacion ó pueblo que deje impunes los sacrilegos*
» *atentados que se cometan contra sus dioses ó contra su culto.* »

¹ Este interesante, docto y juicioso edicto del obispo de Amiens está traducido á la p. 116 de la citada obrita *L'esito della morte*, etc. Hé aqui la idea que el celoso y sabio prelado da de las obras de Voltaire en este escrito. «No hay un autor, dice, que mas malignamente haya hecho uso del arte de seducir en un siglo tan frívolo y
» libertino como el nuestro. Para combatir, como ha hecho, todos
» los principios de la Religión y de las costumbres, se ha separado
» del camino del raciocinio, bien convencido de que, además de que
» sería conocida la insubsistencia, el mayor número de los que leen
» no ama el estudio y huye el trabajo de discurrir. Ha amontonado
» el ridículo, las chocarrerías, los epigramas, adornándolos de frases
» satíricas y de dichos agudos, y con esto se ha ganado el ánimo de
» los hombres superficiales, de las personas díscolas y apasionadas,
» las cuales quieren mejor despreciar una Religión que les incom-
» moda, que examinar con atención el fundamento de sus preceptos
» y de sus amenazas. La soberbia.... le ha hecho ejercitar su pluma
» en casi toda clase de ciencias, dejando por todas partes señales de
» sus estragos. En cuanto á la Religión, si bien alguna vez se le han
» escapado expresiones y modos propios de quien la respeta, no hay
» cosa alguna sagrada de que él no haya blasfemado. Por lo que toca
» á la filosofía, ha trastornado todos los principios de las buenas
» costumbres, y todas las relaciones que unen á los hombres con
» Dios, con sus superiores y con sus iguales. En sus obras históricas
» ha desfigurado la historia con rodeos, con alteraciones y con im-
» posturas las mas malignas, á fin de desacreditar la Religión y los
» personajes mas insignes en santidad. En la poesía ha prostituido
» con frecuencia sus talentos á la impiedad y á la obscenidad ma-
» infame.»

² Véase lo que sobre este punto queda dicho en una de las no-¹ a
antecedentes.

nor de la razon y de la pública tranquilidad, imponer silencio á los filósofos? A lo menos es indudable que ciertos errores que deshonran á la razon y á la humanidad, son fruto de sus producciones.

Oigase nuevamente al rey de Prusia en una carta de 30 de diciembre de 1775 á M. d'Alembert ¹: « Vuestros » eclesiásticos, dice, son mas fanáticos que los del santo romano imperio de Alemania. La supersticion se » desvanece visiblemente en los países católicos. Por » poco que esto continúe, los frailes habrán de dejar las » celdas y volver al siglo; las preocupaciones del pueblo » dejarán de fomentarse, y la verdad podrá dejarse ver » en medio del dia, sin temer las persecuciones ni las » hogueras. El entusiasmo del celo se ha entibiado; y » tantos buenos libros que manifiestan los absurdos de » las fábulas que el vulgo tenia por sagradas han quitado las cataratas que tenian ciegos los ojos de los » principales ministros: estos se avergüenzan de su culto insensato, y trabajan sordamente para derribar la » supersticion. ¡El Cielo los bendiga! En cambio, un » obispo de Tolon reduce el sepulcro del marques d'Argens á un cenotafio que ha sido forzoso erigirle algunas leguas distante del lugar en que descansa el cuerpo » de este pobre filósofo ². Para completar la obra, no falta

¹ T. XI, p. 229.

² El marques d'Argens nació en Aix en la Provenza, el año de 1704. « Jamás se ha hecho sentir mas claramente el abuso de la » erudicion, dice el abate Sabatier en sus *Tres siglos de la literatura*, que en las obras de este hombre. Su imaginacion parece » fecunda, pero muy poco arreglada: su espíritu suelto, pero minucioso y muy inclinado á la sátira: su estilo es natural, pero » difuso y demasiado desaliñado: el tono que toma es mas atrevido » que filosófico: sus burlas mas indecentes que graciosas: sus » discursos mas pedantes que instructivos.... hasta los mas necios » empiezan ya á ver que sus *cartas judías* no son mas que un » compendio de escándalos y de mentiras: su *Filosofía del buen sentido*, una recopilacion de absurdos y de contradicciones: sus » *cartas cabalísticas*, un conjunto de sátiras y repeticiones: las » *Cartas chinas* una coleccion de observaciones comunes y de declamaciones enfadosas: sus *Suenos filosóficos*, un conjunto de quimeras y de visiones: sus *Romances*, una fuente de pesadez y de disgusto. Á no ser por sus *Memorias*, que están bien escritas, el

» otra cosa que ver á este bárbaro fraile hacer desenterrar al marques para arrojarlo en un muladar. ¡Y practicándose tales indignidades se tendrá valor para llamar á este siglo XVIII el siglo de los filósofos! No; mientras los soberanos arrastren las cadenas teológicas, ínterin manden al pueblo los que no están pagados sino para rogar por él ³, la verdad, oprimida por estos

» marques D'Argens no tendria en verdad una sola obra que fuese » digna de leerse. » Murió en la Provenza año de 1771. El canónigo Gerard, uno de los mas bellos genios de la Francia, y anteriormente compañero del marques en la incredulidad, así como despues celoso católico y piadosísimo eclesiástico, nos asegura en su interesante é instructiva obra del *Conde de Valmont* (t. XI, p. 191, edic. de 1784), que el marques D'Argens creyó en fin, y murió en la humilde creencia de una Religion que por tanto tiempo habia combatido; pero la marquesa su consorte, mas incrédula que él, protesta en una carta de 19 de marzo de 1771 al rey de Prusia, que el marques habia muerto como un gran filósofo; despreciando los vanos temores de la otra vida. La conducta del obispo de Tolon hace creible esta asercion, la cual deja ver verificado en él, como en tantos otros sus semejantes, aquella terrible sentencia del Espíritu Santo: *impious, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit, sed sequitur eum ignominia et opprobrium* (Prov. xviii, 3).

¹ Los que están pagados á fin de que rueguen por el pueblo, en satisfaciendo á esta su obligacion, no pueden llamarse gente ociosa é inútil á la sociedad. ¿Cómo se pueden, pues, reprobar las órdenes meramente contemplativas, y sobre todo los monasterios de vírgenes? « Estos son una fuente fecunda de bendiciones del Cielo, » dice el cardenal obispo de Malines en una carta de 4 de abril de » 1782; bendiciones que estos santos solitarios y estas castas palomas, separadas del tumulto del mundo, no cesan de implorar y » conseguir del altísimo, en favor de la Iglesia, del imperio y de las » sagradas personas, de los soberanos, deteniendo con el fervor de » sus oraciones, con su inocencia y con su virtud, los azotes públicos y justos castigos que una multitud de prevaricadores provocan continuamente y con repetidas culpas, que irritan la » verdad de la justicia terrible del gran Dios de las venganzas. » » ¿Cómo se puede, continuaremos con el canónigo Pey en su *Loi de nature développée et perfectionnée par la loi évangélique*, » p. 302, sin abjurar la fe y ultrajar á Jesucristo y á su Religion, » poner en la clase de los ciudadanos ociosos y despreciables á » estos cristianos generosos, que tuvieron valor para consagrarse á » un estado de perfeccion, que es un milagro de la gracia; á estos

» tiranos de los espíritus, no ilustrará jamás á los pueblos; los sabios no pensarán sino á escondidas, en el silencio de sus retiros; y la superstición mas absurda dominará en el imperio de los Galos. » Deshagamos los equívocos que contienen estas palabras, y descubramos su misterio. En la Alemania, según el testimonio del rey de Prusia, habia hecho la irreligion mas rápidos progresos que en Francia á fines del año de 1775. Los mismos ministros de los príncipes trabajaban para arruinar la Religión; y el pueblo seducido, despreciando como fábulas los dogmas, y como supersticiones las prácticas piadosas, no habia principiado á ser filósofo sino dejando de ser católico. En la Francia el Catolicismo era aún entonces la Religión dominante, debiéndose su conservacion al celo del clero, sostenido por la autoridad del soberano. Era pues preciso trabajar por abatir á este mismo clero, hacerlo sospechoso, y desacreditarlo con el soberano, alejarlo de la corte y de toda relacion de gobierno, y sembrar y fomentar la discordia entre las dos potestades. Sin esto, no era de esperar que en Francia comenzase la grande revolucion que se habia ideado.

VI.

El primer paso fué quitar del lado del jóven monarca (*el desgraciado Luis XVI*) á los antiguos ministros y preceptores, por los cuales, dicen el rey de Prusia y D'Alembert, habia sido educado desde su infancia en la escuela del fanatismo¹ y de la debilidad², y con un abandono de que él mismo se condolia, y habia excitado la indignacion de toda la Francia: siguióse luego poner á su lado³ ministros iluminados, cuales fuesen convenientes al designio de que saliese del mismo gobierno la sentencia final contra los devotos. Y en un principio pareció que las cosas iban enteramente conformes á los designios de

» hombres generosos que desde lo profundo de sus soledades levantan las manos al cielo para atraer á la tierra las bendiciones de Dios y suspender su ira, desconocidos como están del mundo, predicando el evangelio con la publicidad de su virtud?»

1 T. IX, p. 284. — 2 *Ibid.*, p. 292. — 3 T. XIV, p. 255.

la incredulidad, y que el rey mismo habia entrado en ellos francamente, y se podian prometer todo favor. Al menos esta fue entonces la creencia de nuestros filósofos, bien que no tardaron mucho tiempo en desengañarse. Oigámoslo á ellos mismos.

« El sucesor de Luis XV, escribia d'Alembert desde París con fecha 12 de setiembre de 1774¹, que no lleva aun mas que cuatro meses de reinado, muestra una voluntad decidida de hacer lo mejor, y de no querer para ministros sino hombres de bien. Así aparece por todas las elecciones que ha hecho hasta el presente. Sobre todo, él ha puesto de superintendente general de rentas á uno de los hombres mas ilustrados y mas virtuosos del reino, y si no se hace todo el bien, es forzoso convencerse que es porque no se puede mas. Los ministros que ha depuesto eran el horror de la Francia, y su retiro ha causado un regocijo general. No soy entusiasta ni adulator; pero hago mis votos con toda la Francia por este príncipe que se anuncia de un modo el mas estimable. » Y en la siguiente de 3 de octubre: « Merezco disculpa, dice, si no he hecho el elogio² del superintendente general de hacienda (M. Turgot) á V. M.... Si, como parece, el rey ama la justicia, la verdad y los hombres de bien (nótese que habla un filósofo), y detesta los adúltores, los intrigantes y los hipócritas, espero que de día en día hará mas confianza de este hombre ilustrado y virtuoso, y toda la Francia lo desea por la felicidad de los pueblos y por la gloria del rey. » Y finalmente, en otra carta de 10 de julio de 1775³: « Nuestro jóven monarca, escribe, no quiere mas que el bien, y nada omite por conseguirlo. Hace excelentes elecciones, y últimamente ha nombrado por sucesor del duque de Vrilliere al hombre mas respetado acaso, y con justicia, de toda la nacion, á M. Turgot. Toda la nacion está encantada y hace votos por la conservacion⁴ y felicidad del rey. Solo los eclesiásticos ha-

1 T. XIV, p. 246. — 2 *Ibid.*, p. 250. — 3 *Ibid.*, p. 273.

4 « ¡Infeliz monarca! entonces se preparaba la tumba á tu ensangrentado cadáver, cuando se prodigaban alabanzas á los prime-

» cen bando aparte, y murmuran en voz baja sin prodigarle alabanzas. Pero el rey los conoce por lo que son ¹, aunque no fuese mas que por la educacion que le han dado. Ha recompensado con el cordon de la orden de Sancti-Spiritus al único hombre de bien que tuvo entre sus preceptores. Sin duda hará justicia con los demás, no escuchando sus consejos, aun cuando ellos quisieran dárselos. » La mala opinion que el clero de Francia tenia de M. Turgot, forma contra él no menor argumento que los elogios que le prodiga su incrédulo apologista. Con efecto se sabe que era el *projector* de los incrédulos.

El rey de Prusia respondió á estas noticias *felicitando á la nacion francesa* por la *buena eleccion* ² que Luis XVI había hecho de sus ministros ³, alegrándose de que aquel *rey jóven se hubiese desengañado por propia experiencia de las preocupaciones que le habian inspirado los charlatanes sagrados* ⁴; y finalmente, en una carta de 9 de setiembre de 1775 á d'Alembert dice: « Malesherbes y Turgot harán maravillas ⁵. Ellos serán los apóstoles de la verdad, que echarán por tierra fácilmente al error; pero encontrarán grandes obstáculos que vencer en las preocupaciones de la educacion. » La condicion y conducta de Malesherbes y de Turgot está aquí decidida: el rey de Prusia los ha declarado *apóstoles* de la incredulidad. « Sabeis, prosigue, que es difícil ser á un tiempo *Cristianismo y racionalismo*. Dejó este problema á vuestros cálculos algebraicos, por las cuales, sin duda,

ros pasos de tu administracion. Tus asesinos fueron antes tus pagnegiristas. Llegaste al término á que su traidora mano te condujo..... ¡Naciones! Ved en esas carnicerías y convulsiones terribles de la Francia la obra de la pretendida ilustracion. ¡Príncipes! Volved los ojos al cadalso en que yace cadáver Luis XVI: aprended en su ejemplo, vivid alerta, ó temblad. » (Mier y Teran.)

¹ Es digna de leerse, para contraponerla á este dictorio, la victoriosa apología y precioso elogio que hace del clero de Francia, tan insultado en estas palabras, el célebre Burke en sus *Reflexiones sobre la revolucion de Francia*, p. 18 y sig.: es un protestante y por lo mismo no se le tachará de fanático.

² T. IX, p. 284. — 3 *Ib.*, XI, p. 225. — 4 *Ibid.*, p. 216. — 5 *Ibid.*, p. 223.

» lo podreis resolver. Sí, nosotros lo resolveremos sin necesidad de ellas. » ¿ Se sabe qué significa en el diccionario del rey de Prusia *racionalismo*? Cualquiera verá que *Cristianismo é incrédulo* implican contradiccion.

No obstante estas bellas apariencias, el filósofo de Berlin, que miraba mas largo que sus cofrades, no se fiaba mucho de lo que estos le prometian. « Para juzgar del reinado de un príncipe ¹, escribia en octubre de 1774 á d'Alembert, no basta atender á lo sucedido en los tres primeros meses. Yo recorreré las acciones de vuestro Luis XVI, y si las encuentro iguales en el curso de dos ó tres años, entonces podré decir lo que pronostico de su reinado. Lo mas seguro es profetizar despues del suceso ². » Y en otra de 5 de agosto de

¹ T. I, p. 197.

² Si oimos á los incrédulos (*OEuvres posth.*; t. IX, 26, 269; X, 28, 98; XI, 57, 63, 204; XIV, 42, 97; XV, 192), el imperio de la ignorancia está para caer..... la supersticion está ya desenmascarada..... el prestigio destruido..... está para cumplirse la grande revolucion..... nosotros ya tocamos este momento feliz: y qué, ¿le veremos al fin de este siglo? no: ¿y en el siguiente?..... ¿despues de dos?..... ¿de tres siglos?..... Los profetas no están acordes entre sí, ni consigo mismos..... ¡ah! ¿porqué no atenerse siempre á aquella regla del rey filósofo: *profetizar despues del suceso*? No darian tan á menudo materia de reir á sus enemigos. De todos modos el gran Federico merece la alabanza que le corresponde. El estaba al cabo de toda la cabala y penetraba las cosas. El predijo, que así como *al nacer habia encontrado al mundo* (XII, 56) *esclavo de la supersticion* (ya se sabe cómo [debe entenderse este término], *así al morir lo dejaria del mismo modo*; que la *barca aunque vieja, duraria mas que su vida* (XIV, 97): que la Francia haria bancarrota (XI, 63) *antes que el reino de la supersticion fuese abolido*: en pocas palabras, que los incrédulos tenian un bello modo de apostolizar (IX, 140, 259, 369; X, 18, 139, etc., etc.); pero que la Religion al fin prevaleceria y dominaria. Ya lo sabiamos antes que lo digese, y lo sabiamos por la palabra del mismo Dios: de todas maneras es muy agradable oirlo de boca de sus enemigos. Otra profecía del rey filósofo merece recordarse. En una carta de 8 de setiembre de 1775, á M. Voltaire, se lee así (IX, 292): « A Bayle vuestro precursor y á vos, se debe sin duda la gloria de esta revolucion que se obra en los espiritus; pero para hablar con verdad, aun no está concluida. Los devotos tienen su partido,

1775 : « Se habla de la bondad de vuestro rey ¹ : me » alegre con tal que persevere..... Se alaba mucho la » elección de sus ministros. Por lo que hace á mí, es- » pero que hayan ejercido sus oficios algun tiempo para » juzgar de ellos por sus acciones. » Con efecto, todas estas bellas esperanzas se vieron en breve desvanecidas. Luis XVI era un príncipe demasiado religioso para hacerse prosélito de la filosofía. Todo lo que se pudo obtener de él fué que en Francia se comenzase ² á *conocer la tolerancia, á pronunciarse sin horror esta palabra, á declamar contra la revocacion del edicto de Nantes, y promover su restablecimiento* ³. Pero el clero conti-

» y no se confundirá sino por una fuerza mayor. La sentencia » debe salir del gobierno. Los ministros iluminados pueden con- » tribuir; mas conviene se una la voluntad del soberano (si por » fuerza ó por inclinacion, no lo dice el rey) : Esto sin duda se » hará con el tiempo; pero ni vos ni yo seremos testigos de suceso » tan deseado. » Voltaire murió en 1778, y el rey de Prusia en 1786, y la grande revolucion del reino se siguió en 1789. Dejamos á los lectores hacer otras reflexiones.

¹ T. IX, p. 219.

² *Ibid.*, IX, 290; XI, 223; XII, 18, 23, 29; XIV, 217, 121.

³ Y el restablecimiento del edicto de Nantes no era dirigido á otro fin que á promover esta revolucion. *Nosotros profetizamos despues del suceso*; pero no faltaron políticos reflexivos, que la pronosticaron antes de suceder. Basta leer los opúsculos escritos en Francia por la parte de los católicos celosos, cuando se comenzó á tratar seriamente de destruir la obra mas gloriosa de la Religion de Luis el Grande. Oigamos solamente al autor del *Discours à lire au conseil en présence du roi, par un ministre patriote, sur le projet d'accorder l'état civil aux protestants*, 1787. *Seconde partie*, p. 22, 24, 25. « Habis visto, señor, que los protestantes han formado el proyecto de convertir la Francia en república : ¡qué será cuando se hallen unidos con el partido de los filósofos! Estos..... para hacer odioso al gobierno sin comprometerse, han convenido en no llamar al monarca y monarquía por sus nombres, sino por los de *déspota y despotismo*. Unidos á los protestantes formarán un cuerpo terrible, que se engrosará con los revoltosos y descontentos de todas las diferentes clases del Estado. Señor, la facción filosófica prepara hace tiempo, en secreto, un proyecto grande : este plan tiene dos objetos : aniquilar en Francia la Religion cristiana y la monarquía. La ejecucion de la primera parte de este designio infernal se promueve con rapidez. La peste de la irreligi-

nuó en formar cuerpo, y defender bajo la proteccion del soberano á la Religion, haciendo una guerra inexorable á los incrédulos. Estos bramaron de furor, y desesperaron por entonces de ver comenzar, bajo los auspicios de un rey de Francia, sus proyectos.

« ¿Cuándo esta *hez del género humano*, que *vosotros llamais obispos* ¹ (¡ qué horror no deberemos concebir de la incredulidad, cuando la vemos envilecer al mismo Federico el Grande, hasta hacerle adoptar un len- » guaje tan indecente!) cuándo esta *hez del género humano*, que *vosotros llamais obispos*, escribia á » d'Alembert, llegará á ser racional y tolerante? Temo » mucho que sea tan difícil hacer á vuestros eclesiásticos » humanos, como enseñar á hablar á los elefantes. » Y en otra de 15 de noviembre de 1774 ² : « Esta detestable supersticion está mas arraigada en Francia que en

» gion ha penetrado en todas las clases de los ciudadanos, los » grandes, los pequeños, los nobles y la plebe, todo ha sido inficionado con el veneno de la incredulidad. Los maestros imbuidos en las máximas de la nueva filosofía, envenenan las fuentes de la educación pública, corrompen á los jóvenes, siembran en su corazón las semillas de la irreligion, y formando deístas y materialistas imberbes, preparan para las edades futuras una generacion de monstruos. El llamamiento de los protestantes favorecerá y verificará la segunda parte del proyecto filosófico; y ved aquí por- » que los filósofos tienen tanto empeño por introducirlos en el » reino..... Á la primera ocasion en que los negocios públicos proporcionen uno de los incidentes comunes en una nacion voluble y » lijera, los filósofos calvinistas establecerán á viva fuerza sus pretensiones. Ellos tendrán el arte de facilitar la ejecucion con sucesos análogos al *espíritu popular* que exalta en este instante todas » las cabezas. Estas disposiciones parecen preparar el camino á una » espantosa revolucion. De aquí á poco, señor... me detengo.... La prudencia me impone silencio : de jo este porvenir á las profundas » meditaciones de la sabiduría de V. M. » ¡Desgraciado príncipe! Despues ya no habias de tener tiempo sino para probar sus efectos lamentables. Oigamos al mismo en un tierno desahogo con mademoiselle su hija : « La santa Religion, le dijo el dia 6 de abril del » año de 1790, es lo que únicamente me conforta en mis presentes » desventuras.... Son muy crueles nuestras penas; pero me affigen » menos que Ja de ver mi reino desolado.... » (*V. Diario Eclesiástico*, núm. 22, año 1790.)

¹ T. 12, p. 54. — ² T. 11, p. 200.

» la mayor parte de los otros países de la Europa. Vuestros obispos y sacerdotes no dejarán tan fácilmente de morder. No será la razón la que los convierta : una necesidad que les obligue á no perseguir, es el único medio que resta para reducirlos á la tolerancia.» Y en 14 de julio del año siguiente escribía á M. de Voltaire¹ : «*Parece que los progresos de la filosofía se hacen sentir mas rápidamente en la Germania que en Francia.* Y la razón, á mi parecer, es, que muchos eclesiásticos y obispos comienzan en Germania á avergonzarse de sus supersticiosas costumbres, cuando en Francia el clero forma un cuerpo del estado, y toda corporacion grande permanece adicta á sus antiguos usos, aun cuando conozca su abuso.» Y, por último, en fecha de 30 de diciembre de 1782, hablando de la edicion de las obras de Voltaire, prohibida por el rey de Francia : «No, escribe², por mas que hagan vuestros sacerdotes, no resucitarán al fin del siglo XVIII la piadosa estupidez de los siglos X y XI. Las personas que piensan y combinan las ideas, están desengañadas de las fábulas. La Sorbona defiende la brecha abierta en el cuerpo de la plaza de la estupidez, y se contenta con que la masa imbécil del pueblo la suponga invulnerable.» Y en el mayo anterior³ : «Vosotros los Franceses, le habia escrito, no imitareis en nada la conducta del emperador. Reina en vuestra patria mas supersticion que en cualquiera otra parte de la Europa. Vuestros sacerdotes se han usurpado una autoridad que equilibra á la del soberano, y vuestro rey no se atreve á proceder contra un cuerpo tan poderoso, sin haber tomado primero las mas sabias medidas para salir adelante con designio tan atrevido. Así, bien considerado todo, los Estados del emperador serán los únicos que se aprovecharán del cisma actual de la Iglesia : los otros soberanos se verán faltos de valor, ó de medios, ó de juicio para imitarlo.» Está visto : no formar *cisma*, cautivar el entendimiento bajo el yugo razonable de la *fe*, combatir el error, impedir sus progresos, en

¹ T. 9, p. 273. — ² T. 12, p. 19. — ³ T. 12, p. 10.

una palabra, no ser incrédulo, es lo que, segun nuestros falsos filósofos, se llama carecer de *valor y juicio, creer fábulas, ser ignorante, supersticioso é intolerante*. Si les hemos de dar crédito, todo el mundo estaba sumergido en las mas densas tinieblas : ellos han creado la luz, y son los únicos que ven : todos los hombres son ciegos, y los mas incapaces de ser alguna vez iluminados. La *humanidad y la razón*, si llegan á reinar entre nosotros, si en algun tiempo ocupan su trono, á ellos deberán su triunfo : ¡ presuntuosa ceguedad !

Federico el Grande habia sido engañado por sus corresponsales en Francia. Luis ni maquinaba cosa alguna contra los eclesiásticos, ni tenia por qué temerlos. Los estimaba y los amaba, y su conducta no se ha desmentido jamás sobre este punto. Por mas que los filósofos procurasen enajenarlo é indisponerlo con los ministros de la Religión, él, igualmente que su abuelo, estuvo persuadido⁴ que *Dios le habia colocado sobre el trono para proteger la Iglesia, y puesto la espada en la mano para defenderla : que no tenia el nombre de cristianismo, sino para ser el azote de la herejía y de la incredulidad*. Luis XVI no dejó de ser *rey de Francia*, por ser Luis I *rey de los Franceses*, sino despues que una asamblea de filósofos entró á gobernar la nación : no se que-ria menos, porque el golpe por tanto tiempo meditado, debia² *salir del gobierno*. Nosotros lo hemos observado ya varias veces, y la razón es, porque como notó bien el rey de Prusia, *en un reino cristianísimo, todos los súbditos debian ser tambien cristianísimos*, y no se posible³ ser á un tiempo *cristianísimo y racionalísimo* á lo filósofo, esto es, *incrédulo*.

7.

La esperanza de ver puesto en ejecucion en Francia el *proyecto* filosófico de Federico el Grande, mientras aquel reino estuviese sobre el pié antiguo, estaba ya casi perdida para la filosofía ; cuando la supresion de los jesuitas, que sobrevino cabalmente en este tiempo,

¹ T. 9, p. 245. — ² *Ibid.*, p. 29. — ³ *Ibid.*, p. 220.

mitigó algun tanto su dolor. A la verdad, ellos no querían pasar, en modo alguno, por autores de sus desastres ¹. « La filosofía, escribía en 3 de abril de 1770 el rey de Prusia á d'Alembert ², reanimada en este siglo, se ha anunciado con más fuerza y con más atrevimiento que nunca; pero ¿cuáles son los progresos que ha hecho? Se han expulsado los jesuitas, ¿déis. Convento en ello; pero pudiera probaros, si quisiera, que la vanidad, la venganza secreta y la intriga, lo han hecho todo.» Y habiendo este príncipe improperado en una carta de 15 de mayo de 1774 á d'Alembert su decidida aversión á los jesuitas, este filósofo creyó deberse justificar sobre este punto con aquel soberano. El rey le escribía ³: «¿Cómo cabe tanta hiel en el corazón de un filósofo? dirían los pobres jesuitas, si llegasen á saber el modo con que en vuestra carta os expresais acerca de ellos. Yo no los he protegido cuando eran poderosos: en su desgracia no descubro mas en ellos que personas literatas, que con dificultad se podrán reemplazar en la educación de la juventud. Y este objeto precioso es el que me los hace parecer necesarios, porque de todo el clero católico del país ellos son los únicos que se aplican á las letras. Así que, ninguno me sacará un jesuita por más que haga; pues me hallo interesadísimo en conservarlos.» A lo cual d'Alembert respondió en 1º de julio siguiente ⁴: «No creo que la Francia llegue jamás á pedir jesuitas á V. M. Compadezco con más razón á la Alemania católica por no tener otros maestros mejores, que estos necios intrigantes, para la instrucción de la juventud. V. M. no me hace justicia, si piensa que yo tengo hiel contra ellos; muy al contrario, ninguno ha declamado con más esfuerzo que yo contra el modo bárbaro con que han sido trata-

¹ Esto es cierto, acaso respecto del rey de Prusia; pero no todos los filósofos estaban en este punto conformes con sus sentimientos. D'Alembert, en su obra *sobre la destrucción de los jesuitas en Francia*, en la p. 192 asegura, que ciertamente la filosofía fué la que por boca de los magistrados pronunció la sentencia contra los jesuitas, y que los jansenistas no fueron mas que acusadores.

² T. 11, p. 74. — ³ *Ibid.*, 11, p. 185. — ⁴ T. 14, p. 241.

dos en Francia los individuos de esta clase ¹. Mas quisiera que haciendo á los particulares tan felices como pueden serlo, sin mezclarse en nada, se quitaran por siempre á la corporacion los medios de restablecerse de nuevo; sobre todo en los países en que necesariamente serán, y jamás dejaron de ser perniciosos. Si todos los príncipes fuesen Federicos, yo miraría á la Europa llena de jesuitas, sin temer ni tomar cuidado por ello; pero los Federicos pasan, y los jesuitas quedan...» D'Alembert llevó su delicadeza filosófica en esta parte, hasta persuadirse que la misma expulsión de los jesuitas de España habia sido en dicho reino muy poco útil á los proyectos de los incrédulos. Y así escribe al rey de Prusia en 3 de julio de 1767 ²: «Yo no sé como la expulsión de los jesuitas de la España pueda ser un gran bien para la razón, mientras la *inquisición* ³ y los *eclesiásticos* (¡oh! aquí está lo esencial del asunto) gobiernen el reino... Creo por otra parte que si V. M. arrojase algun día á los jesuitas de la Silesia, no dejaría de manifestar á toda la Europa la razón que tenia para ello, y no querría encerrar en su pecho los motivos de semejante proscripción.»

A pesar de tan bellas protestas y declaraciones, el extrañamiento de los jesuitas no pudo ser indiferente á los filósofos. Mirábanlos como los *guardias de corps* del Papa, y el antemural de la superstición; y así cuando fueron destruidos en Francia, encarcelados en Portugal, gal, arrojados de España, de Nápoles y de Parma, y suprimidos en Roma, se figuraron que los fundamentos del trono apostólico estaban suficientemente socavados, puesta la segur á la raíz del árbol de la Iglesia, y vacilante el imperio de la Religión. Así se infiere á las claras de los pasajes que hemos referido, y lo demostrará mas lo que añadiremos en seguida ⁴. Los iluminados del si-

¹ En la obra *sobre la destrucción de los jesuitas*.

² En la obra, *sobre la destrucción de los jesuitas*, p. 59 y 201.

³ «Conviene conservar estas palabras, para responder con ellas á sus argumentos y á sus invectivas contra la utilidad del dicho tribunal.» (Mier y Teran.)

⁴ Séanos licito insertar aquí una carta que se lee en la Gaceta